

publicado (1995 y 1996), al menos, otras dos ediciones de la *Tragedia*, y una obra sobre el teatro de lo Jesuitas.

Cayo González Gutiérrez ha sido el investigador que más ha publicado sobre el teatro de los Jesuitas, ampliando y profundizando el estudio de García Soriano (de 1945), y abriendo caminos, con abundante bibliografía y documentos originales descubiertos, a las nuevas obras de los últimos años. Parece ser que tiene ya ultimadas otras dos ediciones de importantes manuscritos del teatro en los Colegios de Jesuitas.

INOCENCIO ARES ALONSO

HERRERA MONTERO, RAFAEL, *La lírica de Horacio en Fernando de Herrera*, Universidad de Sevilla, 1998, 138 pp.

Para ningún conocedor de nuestra poesía áurea, siquiera sea en sus niveles más superficiales, es ajena la presencia constante de la lírica clásica, especialmente la latina, cuya *auctoritas* es uno de los principales agentes que informan su perfil y su desarrollo. Sin embargo, en muchos de los casos esta constatación se mueve en el mismo nivel de superficialidad que tantos de esos conocimientos meramente aproximativos, sin la pro-

fundización necesaria para delimitar su verdadera realidad, que hay que buscarla, más que en la mera presencia de elementos de raigambre reconocida, en el valor actuante de un modelo poético y su peso en el desenvolvimiento histórico de la poesía que desde el clasicismo comienza a apuntar a la modernidad. En este sentido, se impone una indagación sistemática que permita delimitar con nitidez la presencia de los clásicos y, sobre todo, precisar su uso, para distinguir con claridad la presencia anecdótica u ornamental del valor modelizador de una imagen de la poesía y su peso específico en la escritura de los siglos XVI y XVII.

Para ello es preciso penetrar con decisión y sin ideas preconcebidas en la compleja y tupida red de relaciones que se establece entre los textos grecolatinos y los autores españoles, procediendo en el rastreo de lo más concreto a lo más sistemático, para establecer desde ese punto las generalizaciones no reducidas a simples tópicos deformadores. Éste es el plan que subyace en la labor de investigación de Rafael Herrera Montero en su acercamiento a las relaciones entre Horacio y Fernando de Herrera en un libro primer fruto de una Memoria de Licenciatura realizada en la Universidad Complutense bajo la dirección de Vicente Cristóbal, reputado conocedor de la lírica horaciana y de la presencia de los clásicos en la poesía española de los siglos de oro. La empresa parte de un entramado metodológico y de



erudición, en el que se encuentran hitos tan notables como los trabajos de Menéndez Pelayo o, más recientemente, Agrait y Pérez-Abadín, sin contar numerosas aproximaciones parciales a la difusión de Horacio y la presencia de los clásicos en Herrera. Sin embargo, este joven investigador sorteando con inteligencia los caminos establecidos y se asienta en una mirada que, sin caer en fatuos adanismos, se pretende limpia y llena de prejuicios, necesarios, por otra parte, para revisar una anquilosada división histórico-crítica de nuestra poesía renacentista que parece reservar el horacianismo a la llamada «escuela salmantina», acentuando metodológicamente los rasgos diferenciadores del otro gran núcleo de la renovación poética castellana en el último tercio del XVI.

Sin detenerse en esta caracterización, ni aun para negarla, Rafael Herrera emprende su estudio con profundidad, planteando adecuadamente un problema crítico para resolverlo con la maestría de un perfecto conocedor de los dos campos que maneja y, sobre todo, con una precisa metodología, dotada del rigor y la claridad de lo clásico, explotando sus virtualidades sin necesidad de esoterismos metacríticos ni formulaciones de nuevo cuño. Con este bagaje, claro y distinto como una idea cartesiana, pero rico en matices y sensibilidad, el estudio aborda las reminiscencias herreanas de la lírica de Horacio, distribuyéndolas con precisión entre lo tocante a los procedimientos técnicos

y, en un sentido más profundo, lo que atañe al sentido de la poesía y la propia conciencia artística.

En el primero de estos apartados —si no seguimos la rigurosa disposición establecida en el índice del trabajo— el libro realiza un minucioso, aunque no agobiante, rastreo de pormenores, que no pierden en ningún momento su sentido sistemático, respondiendo a la precisa delimitación que el autor hace del concepto de *imitatio*, sus valores y sus formas en la propia poética herreriana, que dilucida con claridad a partir de las reflexiones del sevillano acerca de la escritura de Garcilaso, espigadas con minuciosidad y tino del amplio campo de sus *Anotaciones*. El paradigma imitativo queda bien explicitado en su despliegue de traducciones, imitaciones, aproximaciones y *contrafacta*, que se articulan como un sistemático diálogo con los textos de la antigüedad en una práctica creativa cuando funciona en manos de verdaderos poetas. En el caso de Fernando de Herrera se parte de la revisión de su concepto de petrarquismo —ya matizable a partir de trabajos generales como los de Roland Greene e Ignacio Navarrete— para contrapesar un modelo que dista de ser hegemónico con la presencia de la poética grecolatina, singularmente precisada en el caso de Horacio. Al entrelazar esta imitación con la de otros autores latinos y toscanos, Rafael Herrera documenta con exactitud una de las vías de desarrollo tardorrenacentista de la imitación



compuesta y su desplazamiento al sentido de la *emulatio*, base poética de la poética cultista que, sobre todo en el caso del sevillano, supondrá la superación del petrarquismo y una de las manifestaciones de lo que posteriormente ha venido en catalogarse como manierismo.

Así, perfectamente distribuidos ante los ojos del lector, aparecen en los poemas de Herrera los ecos de sintagmas o versos horacianos, la recurrencia de temas y motivos e, incluso, la similitud de diseños retóricos en la constitución del poema, sin que se desatiendan cuestiones técnicas como los problemas de imitación de modelos métricos y de organización de la estructura del poema. Este repaso, que no podría hacerse sin una estrecha familiaridad con la obra de los dos autores -incluida la atención a los espinosos problemas de la cuestión textual herreriana-, sustenta de manera documentada y positiva la continuidad de una presencia y, lo que es más, su valor operativo en la escritura del andaluz, al margen de diferencias de escuela y en un nivel más difuso, pero no menos operativo que la composición de odas horacianas a la manera de fray Luis o Medrano. La imagen que se perfila es la de un poeta atento lector de la obra del venusino en la que selecciona con entera conciencia los procedimientos idóneos para la ilustración de su propio proyecto poético, en una andadura que, aun compartiendo algunos de los procedimientos, se aparta de los ca-

minos más trillados.

Con este bagaje y en un camino de ida y vuelta que se sigue con facilidad por las claras páginas del estudio, el lector se encuentra con el perfil de un modelo poético en cuyo conjunto puede apreciar mejor los puntos de contacto con la escritura horaciana, más allá de similitudes superficiales. Retrospectivamente, se ilumina aún más el capítulo inicial sobre el paralelismo biográfico de ambos poetas, que Rafael Herrera dibuja con breves y sencillas pinceladas, sin alardes eruditos, pero mostrando su perfecta asimilación de los datos conocidos, que aparecen ordenados para mostrar una estrecha cercanía no tanto de dos trayectorias vitales, como de dos actitudes compartidas ante la poesía, la escritura y el sentido de la propia obra como identificación de un proyecto vital. Desde el sentido de apartamiento y medianía hasta la cuidada labor de lima y transmisión de sus versos, pasando por sus relaciones con poderosos y con círculos cultos, las de Horacio y Herrera son mostradas como dos «vidas paralelas», incluso con lo que ello tiene de voluntario proyecto imitativo por parte del andaluz. Aunque no entra en ello de manera explícita, dada las características e intenciones del trabajo, Rafael Herrera deja con sus observaciones una luz indirecta que ayuda a enfocar lo que trasciende estas dos biografías en situación histórica, dándonos la base para una comparación entre la época augústea y la actitud de los poetas neotéricos, por



una parte, y la España de Felipe II y la renovación «manierista», por otra, con lo que en ellas hay de crisis política y cultural y, fundamentalmente, de renovación de la lírica, no sólo en su dimensión estilística, sino sobre todo en su consideración de su naturaleza última, lo que ayuda a situar, de paso, la influencia de otros poetas clásicos en el sevillano, singularmente Virgilio y los elegíacos, tan presentes, entre otros aspectos de su escritura, en su propuesta estilística y en su concepción del libro de poesía, respectivamente.

Con todo ello cobra una nueva dimensión el sentido de la cultura herreriana y su proyección en práctica creadora, en modelo poético, una cultura que está hecha de amplios y, sobre todo, profundos conocimientos, de una profunda asimilación alejada de pátinas superficiales, que se vuelca en la poesía menos como recurso ornamental que como conciencia profunda del sentido de la propia escritura. Así, la erudición deja de presentarse como una simple y cuantitativa acumulación de noticias y cobra su auténtico y original sentido (de *erudere*, cultivar, despojar de rudeza), para hacer avanzar la poesía en un camino de perfección que eluda el *cul de sac* de la herencia recibida y se proyecte en una verdadera creación, en la que el autor se implica de manera más comprometida que en la repetitiva y ficcional proyección biográfica, hasta hacer de su práctica su propia vida. En este sentido, ambos autores unidos por el nombre, el poeta quinientista y el crí-

tico contemporáneo, se muestran también unidos por una misma actitud, la que, brotando de un conocimiento extenso y bien asimilado, lo enfoca por senderos nunca hollados, en busca de una luz que es siempre una luz poética, la que enriquece los caminos complementarios de la escritura y de la lectura. A un tiempo, Rafael Herrera demuestra con esta obra que abre nuevos caminos para la indagación y la reflexión sobre la poesía y que ya ha ofrecido en ellos frutos bien granados.

PEDRO RUIZ PÉREZ

IBN WAFID, *Tratado de agricultura*. Traducción castellana (Ms. s. XIV). Ed. de Cipriano Cuadrado Romero. Málaga, Analecta Malacitana, Anejo 14, 188 pp.

Bajo la responsabilidad de Cipriano Cuadrado Romero se presenta una nueva edición de la Traducción castellana de la obra geopónica andalusí, el *Tratado de agricultura* de Ibn Wafid (Toledo, 1007/8-1074).

El ejemplar que sirve de base a esta edición es una copia de una traducción del árabe al romance y a juzgar por su literalismo, hecha en la época de Alfonso X el Sabio. Esta copia de la Traducción castellana forma parte del manuscrito 10.106, conservado